

## LA ERMITA DE CABRITA

Magdalena Valenzuela Guzmán  
www.huelma.org



Ruinas de la ermita de Cabrita

A finales del siglo XIX, llegó a Cabrita un ermitaño. Iba en busca de un lugar solitario donde construir una ermita y llevar una vida alejada del mundo, dedicada a la oración y entrega a Dios. Era un individuo huraño, esquivo y arisco.

Fue una vecina de Huelma, María Justicia Ortiz, que cuenta ya noventa y seis años, quien me habló de este eremita y de la ermita que construyó.

Aunque ella no había nacido en aquellos años, había escuchado la historia en boca su suegra, Romualda García Díaz, nacida en 1885, que siendo niña le conoció.

Al parecer, el padre Rafael, nombre por el que respondía, encontró el enclave que buscaba en la cima de una colina, en la parte baja de Cabrita. María desconoce si compró el terreno o si le dejaron edificar en él, pero allí comenzó a reunir los materiales necesarios y con sus propias manos edificó su capilla con torre y campana, y me resalta el hecho de que tuviese campana, porque recuerda la existencia de un proyecto para construir otra ermita por encima de la fuente de la Canaleja, subordinada a la anterior, y por tanto no podía llevar campana. Anexo a la capilla, también construyó unas habitaciones que le servían de vivienda.



Restos de la ermita de Cabrita

Una vez finalizada la obra, el padre Rafael comenzó a officiar servicios religiosos. Los domingos a toque de campana, acudían los vecinos para escuchar misa o rezar. Este parece ser el único día de la semana en el que el ermitaño tenía contacto con sus vecinos, pasando el resto de la semana en oración y soledad.

En aquellos años, eran muchos los vecinos que residían en Cabrita y pronto la ermita se quedó pequeña para albergar a todos los fieles. Entonces el padre Rafael se propone ampliarla, y en sus largas y solitarias horas se dedica a reunir piedras y vigas para ejecutar el proyecto. El montón de piedras aumenta semana a semana, pero el eremita no acepta la ayuda de sus vecinos y las obras no parece que vayan a comenzar.

Como el ermitaño rehúye el contacto con la gente, pasados unos años, desapareció igual que llegó, sin previo aviso, y nadie le echó en falta hasta el siguiente domingo, cuando no se escuchó el toque de campana. Extrañados, los vecinos acudieron a ver qué había ocurrido, y se encontraron con la casa y la ermita deshabitada, y nunca más se supo del padre Rafael.

Pasa más de un siglo, y la existencia de lo que una vez fue la ermita se olvida. El tiempo lo destruye todo, pero si los datos de los que dispongo son correctos, deben existir vestigios de lo que fue este santuario. Por eso, un día de primavera, algunos miembros de la familia de María y yo, comenzamos la búsqueda de los restos.

Trepamos por la colina, siempre campo a través, porque habían desaparecido las veredas que antiguamente debían facilitar el acceso. Tras un dificultoso ascenso, llegamos a la parte superior del cerro, y efectivamente, allí se encontraban las ruinas de lo que debió ser la ermita de Cabrita, superando el horizonte, sobre una superficie casi plana, rodeado de vegetación y dominando todo el valle del Jandulilla.

Examinando los restos se deduce que la construcción era pequeña, de no más de cincuenta o sesenta metros cuadrados, construida con adobe y piedra seca, en las que aún se distingue la puerta de acceso, un espacio cuadrangular que podría corresponderse con el campanario, y una hornacina que en su día debió albergar la imagen de algún santo.



Hornacina del antiguo eremitorio

En el exterior se aprecian restos del muro que rodeaba el recinto, muy extenso en comparación con lo que reducido del santuario. De la vivienda del ermitaño no queda nada en pie.



Muro exterior

Me cuenta María, que, al quedar el edificio vacío, rápidamente se fue deteriorando, pero que durante un tiempo sirvió de residencia a un vecino de Cabrita, conocido como el Tío Garrido, que no disponía de vivienda propia y se trasladó a residir allí junto con su esposa y su hija, pero como estaba ya en tan mal estado, se marcharon cuando tuvieron la posibilidad de residir en otro lugar, volviendo a quedar deshabitado.

Entonces comenzó el saqueo, poco a poco desaparecieron puertas, ventanas o incluso vigas, con lo que la ermita se derrumbó.

Como ya nadie subía al santuario, los caminos y veredas de acceso fueron absorbidos por la vegetación, y la ermita quedó en el olvido, únicamente quedan para el recuerdo los restos de lo que en su tiempo fue la ermita de Cabrita, además de las piedras que reunió el padre Rafael para la ampliación del edificio, que aún se encuentran perfectamente amontonadas.

La colina donde se hallaba este santuario hoy es conocida con el nombre del cerro de la ermita o cerro de la ermitica.